

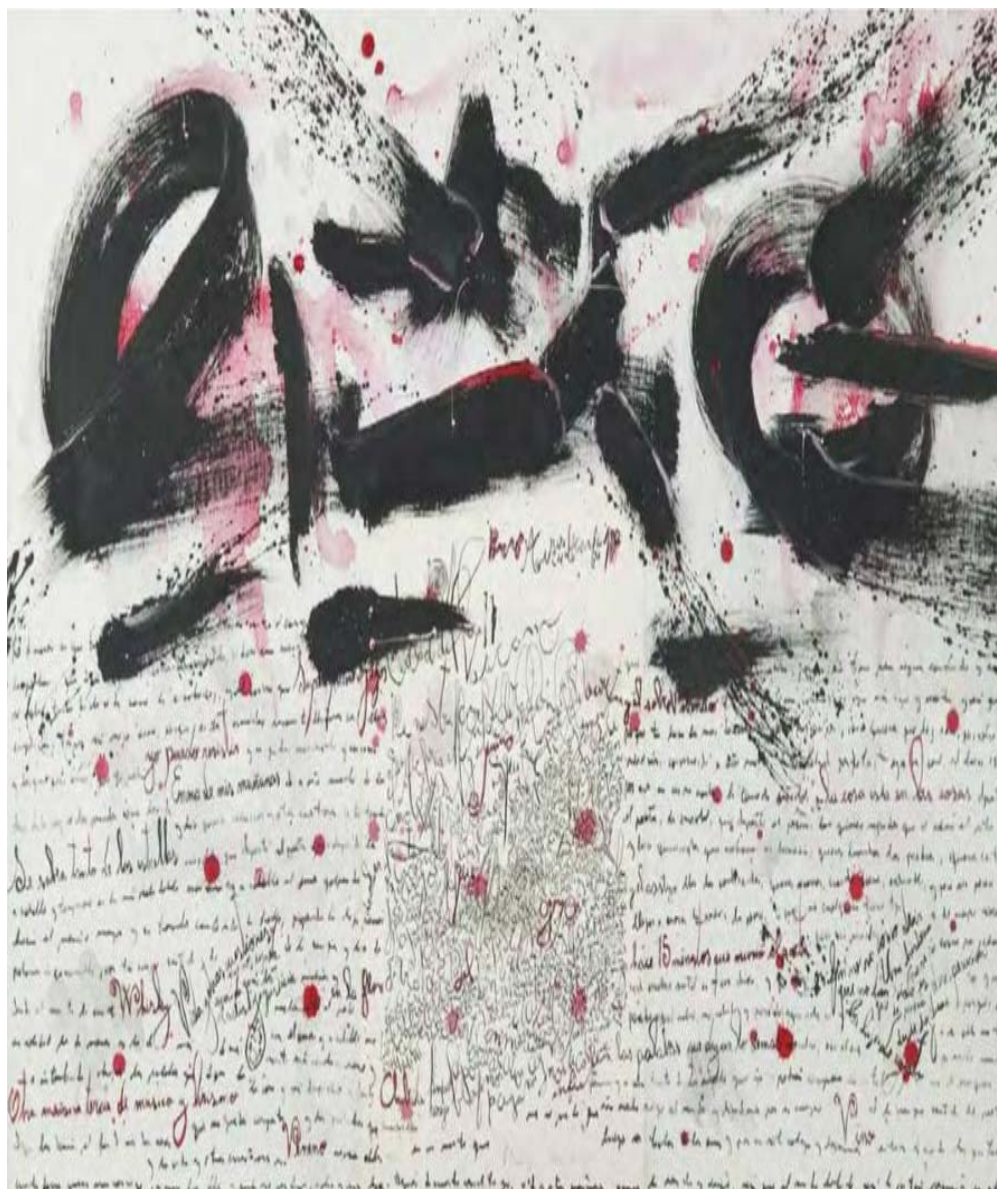


Encarando la crisis

Por Marta LÃ³pez MonÃ¡s*

Por varios aÃ±os trabajÃ© en un dispositivo en Madrid con una poblaciÃ³n de pacientes parecida a la del Hospital Bonaparte o el Borda; colgados de una adicciÃ³n, singular en cada caso.

Cuando empecÃ© me dieron un puesto de â€œeducadora socialâ€• y me tocÃ³ ocuparme del taller de ocio. Hicimos salidas de las que tengo lindos recuerdos. El mÃ¡s entraÃ±able fue ver a Gloria, una gitana con apenas recurso simbÃ³lico, tocarse el pecho mientras me decÃa insistentemente: â€œlo he sentido aquÃâ€•.



LeÃ³n Ferrari

Emilio Fatuzzo AcrÃ©lico sobre papel y madera

HabÃamos ido a la terraza del centro cultural La Casa Encendida para ver a una bailarina de danza contemporÃnea, que con su arte nos mostrÃ las soledades de muchos que viven con alguna precaria asistencia sin salir nunca de sus hogares, sea por edad u otra condiciÃn.

Lucas, uno de sus compaÃeros y yo, nos miramos conmovidos. Ãl decÃa que el espectÃculo habÃa sido hermoso, pero que ver a Gloria asÃ serÃa la marca indeleble de aquel dÃa.

Esas salidas eran toda una epopeya. El taller se cayÃ en cuanto me cambiaron de puesto. Aunque siempre tuve mucha ayuda para llevarlo a cabo, nadie quiso hacerse cargo.

Leyendo el texto de mi amiga Lourdes Ruiz, un texto combativo en un momento en el que acÃ peligran tantas cosas, reconocÃ un deseo. Pensaba: â€œlo hice porque no sabÃaâ€•. De haber

sabido, quizá la inercia del propio dispositivo me hubiese aplastado.

Después, como psicóloga clínica, hubo otros cambios. El más importante fue desocuparme de algunas tareas más propias de un encuadre conductual, que pasaron a cargo del educador de referencia, para habilitar el espacio analítico. Construimos otro proyecto, y así pasamos a ser condición de tratamiento para el ingreso al piso de reinserción para patología dual. Algo funcionaba.

Entonces llegó la crisis de 2010, el cambio de gobierno y los recortes. La red de adicciones fue la primera en caer, pero hubo más.

Fuimos combativos, salimos a las calles y algunas semillas germinaron, pero todo eso no salvó el proyecto de lo que había sido la comunidad terapéutica El Batán.

Algo parecido se nos viene acá, en Buenos Aires. Crisis y cambio de gobierno mediante, lo público vuelve a estar amenazado. Recientemente el Centro Uno salió a posible subasta. Pero no es sólo eso.

En Madrid cerraron el proyecto que funcionaba para abrir otro, que por un mes se ocupaba exclusivamente de desintoxicar.

Los trabajadores que perduraron en ese dispositivo, esos que se salvaron de un expediente de regulación de empleo masivo, también nuestros compañeros, nos contaban que los recursos de tratamiento no iban más allá de la contención química. ¿Los gastos se habían reducido? Posiblemente no. Pero ahora era un "éxito total", muchos más usuarios fueron atendidos y todos finalizaron su tratamiento. Lo que venga después, a este conteo, poco importa.

Ese sometimiento también lo padecía el equipo. Sobrevivieron para ese horror. Un horror que se les hizo excesivo, cuando no insostenible. Ellos eran también amordazados bajo el imperativo del procedimiento pautado. Un *para todos* sin excepción.

Dice que los otros, los que perdimos nuestro empleo, tuvimos algo más de suerte. Fue para más la salida forzada frente a algo que pudo haber sido un *impasse*, un momento que tuvo algo próximo al acto.

Perder el empleo pasó por no consentir al horror del silencio que se impuso. Lo que vino después para nada fue fácil, pero sostener el espacio analítico, esa ética que aloja singularidades y las preserva, fue la ganancia que aún hoy no estoy dispuesta a ceder.

*Cursante en ICdeBA y NUCEP, cartelizante en la EOL y ELP.

mlopezmonis@gmail.com